

Contemporánea

**BELÉN
GOPEGUI**
Lo real



Belén Gopegui

Lo real

www.megustaleer.com

A Constantino

y dicen que llueve por nosotros y que la nieve es nuestra

LMP

1

NARRADORA IRENE ARCE

Has venido a la cima de la colina, estás aquí, en el suave promontorio y miras la otra ladera. Podrías empezar a bajar. No es un descenso pronunciado. Podrías empezar a bajar, pero la otra ladera conduce al otro valle y allí no has estado nunca.

Me llaman Irene Arce. No me gustan los mitos ni creo tampoco que puedan nacer héroes en unos años como los nuestros y aunque voy a contar la historia de Edmundo Gómez Risco, le considero un semejante. Incrédulo, como somos a veces. Un hombre no libre, como casi nadie se juzga a sí mismo. Un vengador, me dije a los pocos días de conocerle, uno que vengará nuestras ofensas.

Dentro de diez minutos va a empezar el programa *La fábrica de sueños*. Yo tendría que haber ido al estudio y estar ahora en la pantalla como ocurre desde hace año y medio los primeros martes de cada mes. No así hoy.

Tengo cincuenta y seis años. Fui una reputada realizadora de televisión; he escrito varios manuales para la antigua Escuela de Periodismo, donde di clases. Hace tiempo que pasó, sin embargo, mi momento de gloria. Desde entonces me he visto obligada a recorrer los programas más insulsos uno por uno. Ahora trabajo en dos programas documentales; también escribo artículos en una modesta publicación universitaria. Claro que todavía me llaman viejos conocidos, o gente que estudió conmigo, y solicitan mi colaboración. Suelo intervenir, como

decía, en *La fábrica de sueños* una vez al mes. Mejor diré solía. Hace una semana, cuando me anunciaron la película que íbamos a comentar, pedí que me dieran de baja. Llevaba días dando vueltas a la idea de hacerlo. No es que me moleste particularmente *El silencio de los corderos*; es que quiero doblar el último recodo, y ya me va quedando poco tiempo. Además, quién sabe, es posible que esa pequeña prebenda mensual, esa cuota de protagonismo, no valga las sonrisas, la buena disposición, las ligeras concesiones que me pedían a cambio.

En el programa nadie puede, por cierto, doblar el último recodo. Cuarenta minutos repartidos entre cinco personas no dan para mucho. Menos aún si se gastan citando nombres, planos, influencias, homenajes. Alguna vez hemos llegado, es cierto, a hablar de la película, a describirla, pero describir, desde luego, no es suficiente. Doblar el último recodo significa alcanzar una verdad general: atreverse a levantar la mirada y poner en entredicho, por ejemplo, el sentido de aquellas historias donde el mal aparece como una fuerza espontánea, como una suerte de floración estacional en forma de psicópatas y desequilibrados. El psicópata es obvio y no me interesa, semeja el sarampión. Tampoco el sarampión me interesa a no ser para encontrar una vacuna y modos de aliviarlo, pero nunca para incurrir en el discurso cristiano que convierte el sufrimiento en experiencia privilegiada.

Cuando digo el mal no me refiero entonces a una gallina coja, a la muerte de un niño, al volcán que destruye un pueblo. Hay en el mal un propósito de perjudicar. Yo habría querido un programa donde fuera posible discutir las razones de ese propósito. Las razones, los motivos, porque el mal como arrebató no es asunto mío. Menos aún me importan las sagradas mayúsculas, el Mal que se ha encarnado en el icono de un torturador que ama la ópera, que tiene un gusto exquisito y no

obstante disfruta con el olor a carne quemada, con el grito en el límite del grito. Las mayúsculas ciegan por el procedimiento de concentrar la mirada en la punta del asta donde cuelga la bandera y dejar fuera de la vista el ejército, las propiedades, el curso legal de la moneda, los pasaportes.

Yo habría querido empezar diciendo que hasta el momento y que sepamos la razón del malvado es siempre el bien. Así en el caso del asesino a sueldo pero también en el estereotipo del asesino a quien sus padres maltrataron de pequeño, quien sufrió las burlas de sus compañeros de clase o los tormentos de una obsesión sexual: él mata a las muchachas púberes en busca de su propio bien, para alcanzar una notoriedad que le compense de cuanto sufrió. Los malvados, los «hijos de puta», los corruptos, los niños que se chivan o que mienten, el rey y el terrorista y el conductor temerario, las niñas que conspiran, el médico negligente, los señores de la guerra y el hipócrita explotador, todos y siempre actúan en nombre de un bien. Por eso estoy aquí. Por eso dije que no iría al programa y estoy aquí, la palabra tomada, en vez de ahí, en el televisor. Porque ahí los invitados dicen estar hablando del mal pero en verdad están hablando de lo bueno, de lo que cada uno entiende por lo bueno.

Edmundo Gómez Risco era un ateo del bien. No actuaba en aras del bien propio, ni por el bien de otros, ni por el bien futuro de la humanidad. No se comportaba tampoco como un enfermo de los que van a parar a los tribunales, uno de esos seres sin motivos; no se podía decir que cometiera a menudo actos ilógicos. Su historia apenas la hemos oído nunca y, sin embargo, creo que nos concierne.

Edmundo llegó a la televisión con veintisiete años. Yo entonces tenía cuarenta y seis. Si alguien está esperando confesiones del tipo de «Le adoraba en secreto» o «Era como un hi-

jo para mí», que siga esperando. A estas alturas, cuando una mujer habla de un hombre, recae todavía sobre ella la sospecha de que le mueve una pasión oculta, cuando no una actitud maternal. Que se aburra y se canse la sospecha. En cuanto a mi relación con Edmundo Gómez Risco, diré que es la de un testigo con su acontecimiento.

Había oído hablar de Edmundo a Mario Ríos, un veterano de la casa. «Es un tío curioso», debió de decirme, o algo parecido que me extrañó porque Mario no podía ver a los directores de programa, sobre todo si eran jóvenes. A los pocos días me lo encontré en el despacho de un programa musical. Estaba sentado en la mesa de la directora, una mujer con quien yo tenía que hablar. Pasé para dejar una nota y él me miró, tranquilo.

—¿Sabes si Silvia va a volver? —le dije.

—No tengo ni idea. —Edmundo llevaba una chaqueta de lana gris con aspecto de estar tejida a mano, abierta, y una camisa blanca. Tenía la cara ancha, pronunciada la frente, la boca como una raya que contuviera el borde de los ojos—. He entrado aquí aprovechando que no había nadie, antes de que lo cerrara el conserje. Quería ver unos papeles.

—Me llamo Irene Arce —le dije entonces.

—Es verdad, no nos han presentado. Soy Edmundo Gómez Risco.

—No he entendido eso de «aprovechando que no había nadie» —dije algo irritada.

—Quería cerciorarme de ciertos datos —dijo él—. Yo suponía que ella estaba pagando por algunas cosas más de lo que decía, y he comprobado que es así.

—¿Espionaje industrial? —pregunté con sorna.

—No lo hago para la competencia. Lo hago para mí, soy nuevo. Necesito saber cuáles son las reglas.

Empezaba a enfadarme.

—Por el camino conseguirás que se cierren con llave no sólo las puertas, también los cajones y los archivadores. Supongo que lo sabes.

—Yo a veces los cierro —dijo—. Si tengo que guardar algo peligroso.

En aquel momento llegó un ayudante de producción. Por lo visto mi jefe me reclamaba, teníamos que elegir unas imágenes enseguida.

Al día siguiente no vi a Edmundo, pero sí estuve en cambio en una reunión en la que participaba Silvia, la directora del despacho registrado. No le dije nada; no la advertí. Desde luego me habría sido difícil hacerlo. «Vi a un director nuevo en tu despacho, mirando tus papeles», podría haber dicho, por ejemplo, o «Ayer hablé con ese tal Edmundo Gómez mientras él terminaba de registrar tu mesa»; bueno, digamos que no sonaba muy bien. Silvia del Castillo nunca me había inspirado ninguna simpatía. No me gustaba su pose de mártir represaliada por todos los altos mandos. Quizá sí la represaliaban, como ella decía, aunque sólo después de que ella hubiera logrado encaramarse a puestos codiciados, que de vez en cuando perdía para quejarse hasta que terminaba en otro aún mejor. Aquella mañana me dije que si Edmundo hubiera registrado la mesa de mis compañeros, de la gente a quien yo aprecio, mi actitud habría sido bastante menos equívoca. Y así fue como Edmundo Gómez Risco me involucró en una especie de acuerdo comercial en virtud del cual él disponía de parte de mi desagrado hacia Silvia del Castillo mientras que yo, a cambio del exiguo beneficio de saberla registrada, guardaba silencio. Un acuerdo insignificante con respecto a sus contenidos, pero demasiado significativo con respecto a sus reglas. Porque yo siempre había renegado de esa clase de reglas.

He procurado huir de los fingidos colegas que se ganan tu confianza hablando mal de otros hasta que consiguen hacerte reír. Sé que en ese momento tu risa sella la trampa, tu risa les reconoce y te convierte en cómplice. Ellos apuntan al corazón de la vanidad: «Si está hablando tan mal de X conmigo es porque considera que yo soy mejor, que por supuesto mis camisas no son horteras como dice que son las de X, que frente a X él y yo compartimos el mismo buen gusto, y me siento halagado: entonces río». Suelo esquivar esas maniobras, pero con Edmundo no lo hice. Cierto que él tampoco quiso llevarme a su terreno; no me tentó con la palabra sino que puso un acto delante de mí.

Por la tarde yo fantaseaba aún con la idea de buscarle para terminar la conversación que habíamos dejado a medias. No quería hablar con él en nombre de Silvia sino en el mío propio. Debía pedirle una satisfacción. Ni siquiera lo intenté, fue una tarde bastante movida. Llegué de noche a casa y encontré a mi marido muy contento debido a un encargo profesional. Se trataba de una prospección geológica en los montes de Aragón, precisamente en un radio que él siempre había tenido interés en estudiar. Nuestros tres hijos estaban de acampada con sus respectivos cursos escolares. Había en la casa un silencio nuevo y cuando llegó mi turno de palabra, dije:

—Yo también tengo una prospección por delante.

Le hablé de mi encuentro con Edmundo Gómez Risco y del pacto que nos unía. Llevaba mucho tiempo sin pasarme nada, así que me ilusionó dar importancia a lo sucedido. Mi relato fue creciendo, le dije que a partir de ahora estaba dispuesta a hacer estudios en la superficie de ese chico para determinar si en alguna parte existía algo como el infierno, una manera de comportarse ajena a la lógica del bien y, considerando el pa-

pel que esa lógica cumplía, un estado de progresión y holgura.

—¿Otra vez a vueltas con el ciclo de documentales sobre Lucíferes varios? —me preguntó.

—No —le dije—. No pienso volver a proponerlo. Esta vez trabajaré por mi cuenta.

—Y todo a causa de un jovenzuelo al que has cogido espiando en un despacho...

—Es posible que me canse dentro de dos semanas —dije—. Pero a lo mejor doy con una de esas grietas que se distinguen por frecuentes movimientos a lo largo de sus caras contiguas, y porque penetran dentro de la corteza sólida constituyendo un camino de acceso para los magmas.

—Graníticos —completó Blas.

Después de dieciocho años de matrimonio, yo había llegado a saber bastante más sobre geología que mi marido sobre técnicas de realización y producción. No se lo reprocho. Las técnicas cambian, se quedan antiguas, pero las estructuras del planeta permanecen.

El hecho es que no me cansé a las dos semanas. Tampoco encontré la grieta que pueda constituir el camino de acceso para un infierno nuevo, precursor de verdades, pero he estado muy cerca. Todavía lo estoy.

Por eso no voy a volver al programa. Creo que me ha llegado el momento de empezar a escribir esta historia. En cuanto a Blas, en cuanto a mis tres hijos, en cuanto a Silvia del Castillo y los demás profesionales implicados, en cuanto a los amigos y familiares de Edmundo, en cuanto a los míos, sólo voy a decirles que contar una historia no se parece a ser echado del trabajo pero puede tener alguna consecuencia. Contaré lo que he sabido que ocurrió, lo que he imaginado que tuvo que ocurrir y contaré lo que pase de ahora en adelante. No dejaré que

crezcan los quizá, los acasos, ni diré que hay momentos ocultos, instantes guardados en la manga como el que reserva el católico para el arrepentimiento final. Las historias se componen de cuanto se ha narrado y, por tanto, los episodios que no figuran en el guión o en el libro nunca deben albergar fuerzas opuestas sino que cualquier fuerza o tensión, cualquier fractura posible, ha de estar contenida en la estructura de la materia contada. He aquí la ley para que podamos todos hablar ahora y en el futuro de cómo ocurrió entonces lo que nos afecta aquí.

Una cosa es la ley y otra distinta el juicio. Del mío quiero decir que lo veo como algo duro y mullido al mismo tiempo. Un lecho de hojas sobre el suelo. Un buen colchón para la espalda. No es el juicio que se ha consolidado en nuestras ciudades, demasiado mullido para unos y afilado como piedra dura para otros. Pero no es tampoco el juicio que soñé en mi juventud, el juicio del ruso rojo que no dudaría en fusilar al ruso blanco, que no cometería una excepción porque en la excepción se abre una carretera que transporta al ruso blanco a un país no neutral y, en ese país, el ruso blanco recauda dinero y compra las armas que servirán para matar a los jóvenes soldados bajo el mando del compasivo ruso rojo. Duro y mullido es mi juicio, pues contiene los pasteles que comí, las palabras que me hirieron, los contratos que firmé, la tela de la ropa que he tocado. Duros y mullidos son los ojos con que miro las vidas de los otros y mi vida. Y ahora, érase una vez.

CORO DE ASALARIADOS Y ASALARIADAS DE RENTA MEDIA
RETICENTES

En mañanas como ésta, el enojo crepita en nuestros cuerpos. No somos de los convencidos, de las convencidas. No nos desborda el agradecimiento. Un trabajo mediocre al servicio de jefes mediocres. Y ascenderemos para llegar más cerca de esos jefes. Las convencidas y los convencidos disfrutan con ese premio. Se quejan a menudo, ah, pero cómo salta su corazón cuando tienen una idea, y cómo acuden a contarla con prontitud, calculando su próximo ascenso, el día en que su renta media será un poco menos media aun siendo media durante toda su vida.

Nosotros no disfrutamos. Nosotras no disfrutamos. Hacemos y seguimos. Somos periodistas y cada gesto nuestro calla y dice, sin embargo, que nunca tendremos un periódico de nuestra propiedad, una emisora nuestra, un semanario que atienda y obedezca nuestras intenciones. Somos técnicos y técnicas de empresas de producción de energía y cada gesto nuestro calla y dice, sin embargo, que nunca poseeremos una finca con residencia aparte para dos guardeses que enciendan la calefacción días antes de nuestra llegada y dejen a punto las habitaciones cuando hayamos partido. Somos enseñantes de colegios privados, somos subdirectores y subdirectoras de sucursal, directoras y directores de área, coordinadores y coordinadoras, somos gerentes, colaboradores, colaboradoras, empleados y empleadas de clínicas, de estudios de arquitectura, jefes y jefas de planta, empleadas y empleados de empresas de informática o de restauración o de la industria del entretenimiento y cada gesto nuestro calla y dice, sin embargo, que nunca tendremos libertad para criticar públicamente a nuestros superiores, libertad para tomar lo que nos pertenece. Nos sobra comprensión. Los lunes, martes y miércoles, jueves y viernes venimos a rellenar nuestro cupón de nada y no esperamos. Pero hoy hemos sabido que circula la historia de

*un vengador
un incrédulo
un hombre no libre
uno que convirtió su reticencia en algo concreto
y queremos oírlo, y dar nuestro parecer.*

El padre de Edmundo trabajaba en la industria textil. Era abogado y se encargaba de supervisar la exportación de telares por parte de su empresa a distintos países del mundo. Su trabajo le obligaba a viajar por España y el extranjero. El abuelo de Edmundo había sido oficinista. Edmundo acababa de nacer cuando en su casa se empezó a tener dinero. Antes su padre gestionaba la situación de algunas plantas de producción de tejidos. Pero con el asunto de los telares todo cambió. Se mudaron a un piso en la parte norte de la entonces llamada avenida del Generalísimo, en Madrid. Allí vivieron entre 1956 y 1968 como si fuera a ser para siempre. Luego vino un año de desgracia y confusión y después, la caída. Vendieron el piso y compraron otro bastante más pequeño en Doctor Esquerdo. Su padre pasó veinte meses en la cárcel. Por toda despedida le dijo a Edmundo: «Me ha tocado» y «Cuando llegue tu turno procura que no te toque a ti». Él tuvo que enterarse por su madre del resto de la historia: un juicio amañado y una sentencia injusta en la que habían pagado los pequeños pecadores por los grandes. Un primo de su madre le dejó algunos periódicos y semanarios contrarios al régimen. Luego Edmundo empezó a comprarlos a escondidas, porque su madre repetía siempre la misma versión y se negaba a contestar más preguntas: «A tu padre le han traicionado», decía cuando Edmundo insistía en tener más datos, y, a veces, con una concesión a la ternura: «Hijo, ni a ti ni a mí nos van a ver llorar».

En las revistas, Edmundo averiguó que, en realidad, la empresa de su padre no exportaba telares: los vendía a sus propias filiales y compañías con sede en otros países para, de este modo, obtener grandes sumas en concepto de créditos a la exportación. Por lo general, esas filiales de paja se componían tan sólo de un pequeño despacho y una línea de teléfono. De manera que el destino de los telares solía ser una nave o un garaje de Estados Unidos, Venezuela o Panamá, en donde permanecían abandonados durante años. Le llamó la atención que a nadie, en ninguno de los artículos, pareciera importarles el futuro de esos montones de máquinas concretas. Él se las imaginaba dentro de grandes cajas de madera, y esas cajas dentro de enormes garajes solitarios. Los autores de los artículos hablaban sólo de lo que había detrás: ¿por qué había ocurrido esa estafa?, ¿por qué, ocurriendo, había salido a la luz?

Edmundo tenía catorce años cuando empezó el juicio. Frente a sus compañeros de colegio estaba obligado a fingir que comprendía el fondo del asunto. En su clase algunos habían dejado de hablarle y otros, en cambio, se mostraban más atentos que de costumbre, como si le dijeran queremos protegerte, aunque él no había pedido nada. Fernando Maldonado Dávila, por ejemplo, un empollón que además jugaba bien al fútbol y era de los primeros en gimnasia, había pasado de la indiferencia a sentarse a su lado en los estudios, hablarle en los recreos y, por fin, invitarle a su casa una tarde. Edmundo le daba largas y Fernando, para animarle, le decía: «Mi padre apoya al tuyo, quieren quitarnos el poder pero no tienen ni idea de quiénes somos». Edmundo asentía entonces como si comprendiera esos plurales: ¿el régimen, el Opus Dei, la banca oficial, facciones enfrentadas dentro del régimen, la banca privada? Algún semanario sugería que el problema no se hallaba en los directivos de Matesa sino en ciertos miembros del